

Luis Mariano, el príncipe de la opereta

Una biografía de Edward Rosset novela la vida apasionada del tenor vasco

El escritor anglo vasco Edward Rosset (Oñati, 1938) ha publicado una biografía novelada de la vida del cantante Luis Mariano (1914-1970), con el título *Luis Mariano... y en Irún nació un príncipe* (Editorial Mundo Conocido, Irún, 2004), que resulta ser un retrato amable del discurso vital y emocional de un personaje singular. Sobre Luis Mariano, aquel joven que, librándose de la incorporación a filas por exceso de cupo, se libró a su vez de participar en la guerra civil, se convocan muchos sentimientos. Cuando iba a incorporarse a los mejores escenarios de Madrid, estalló la guerra civil de 1936, dando al traste con una carrera musical que se prometía exitosa. El general Mola pondría el resto de su parte, no sólo para liquidar a fuego Irún, sino para borrar del mapa urbano de la ciudad fronteriza la casa de los González y empujarles al exilio en Francia.

Luis Mariano (Mariano Eusebio González García), convoca en su persona tantos perfiles, que ayudan a que su tumba tenga flores frescas durante todos los días del año. Ese aura convirtió al artista, de excelentes dotes para el canto, en un mito viviente. Se dice que tuvo, al menos se le adjudicaban, tantas novias, que no halló en cambio tiempo para casarse y, tras su muerte, el coro de viudas de Luis Mariano era legión. Una de las novias —de la que es muy difícil librarse, pues aparece permanentemente cada vez que se convoca la memoria del cantante en todas las televisiones— fue Carmen Sevilla, con la que rodaría varias películas. La actriz representaba la España castiza, pandetera y falseta que predicó el franquismo. Ese mismo franquismo que suspiraba más por *España mía*, que por la música de la canción.

Luis Mariano, en cambio, daba el perfil del republicano exiliado. El tenor, que tenía dotes excelentes para el dibujo y la pintura —no inferiores que para el canto, según se dice, aunque apenas tuvo el caballo como trasto de recreo—, daba la imagen de un intelectual y convoca sobre su persona lecturas bien diferentes. Es el oficio inevitable de todo mito. Cuando aún humeaban los restos de su vivienda en Irún, Luis Mariano se enrola en el coro Eresoinka, creado en Sara por encargo del lehendakari José Antonio Aguirre, como una de las armas de la guerra de la propaganda a favor de la imagen del País Vasco. Otra de las armas civi-

les de ese frente fue la selección vasca de fútbol, con los Lángara y compañía. Luis Mariano coincide en Eresoinka con Pepita Embil, la madre de Plácido Domingo. Al cantante irunés, que aparece como republicano y vasquista, de cuyos sentimientos no hay por qué dudar, se le ve con txapela en tantas fotografías, y dejó grabadas en vasco canciones populares vascas que parten el alma en dos.

Esa imagen coincide en el tiempo con la de un cantante castizo español, que airea las referencias de la esencia imperial soñada del régimen de Franco. Este, o los suyos, le invitaron un día a aquellas

Luis Mariano ante la catedral de Baiona



Luis Mariano y Carmen Sevilla

recepciones que hacía el general, a cuyas órdenes se quemó Irún, en la Granja de San Ildefonso, un 18 de julio. Allí acudió, como otros artistas que provenían del acento republicano, Luis Mariano, quien se atrevió a pedir a Franco en persona un pasaporte para sus queridos padres republicanos. Claro está que si las canciones le daban el pedigrí españolito, quien vigilaba su imagen era la Carmen Sevilla y eso imprime carácter. Edward Rosset, como todos los biógrafos del irunés, aseguran que Luis Mariano le pidió, al menos por tres veces, matrimonio a la Sevilla, pero que ésta se hizo la remolona.

Si pervive el mito no es sólo por la excelencia de su canto, sino por todo lo que rodeó su propia existencia

Como vez que la Sevilla se refiere a su relación con el cantante irunés, vuelve a alimentar el mito. Habría que escribir una nueva historia de las mujeres de Luis Mariano. Como se podría hacer un censo de admiradores del cantante, incluyendo a Franco y a Edith Piaf. Acaso esa universalidad explique todo lo demás.

Claro está que si pervive el mito no es sólo por la excelencia de su canto, sino por todo lo que rodeó su propia existencia. Su ahijado regenta ahora en Biarritz un pequeño museo de Luis Mariano, que congrega todas las referencias simbólicas del personaje. Es un museo de aire decadente, pero cuidado por afecto y esmero, en donde, al entrar, nadie dudaría de hallarse en una cueva granadina, donde todo huele a toros, rezos, casta y aceite rancio, aunque auténtico.

Luis Mariano no era sólo el hombre de la voz tenor de oro, sino el personaje que se paseaba por el mundo en su Rolls gris metalizado, conducido por su amigo Patzchi Lacan, la persona que más ha cuidado de la vigencia del mito. En Irún, el pianista José Luis Azkue, que le acompañó en tantos conciertos, regenta un bar en donde se aplica al piano, para sostener la nostalgia de uno de los personajes más queridos en la vida de la ciudad fronteriza. Este hombre de acentos bipolares, que lo mismo recibía la Legión francesa, que la Orden de Isabel la Católica; que aparecía como galán y mito erótico para la humanidad femenina, al mismo tiempo que se alimentaba,



también lo han sido del propio escritor, residente en Irún en un buen trecho de su vida. La novela tiene todos los ingredientes del encanto y la gracia del discurso del diálogo. Es el verdadero mérito de este libro, la tensión narrativa, sostenida con un diálogo constante, cuya fórmula se convierte en el gran acierto de la novela. El diálogo de Luis Mariano con sus padres, su hermana María Luisa, su amigo Lacan, Azkue, su pianista, "su" Carmen Sevilla..., parece como si todo en Luis Mariano se convierte en referencia personal. La novela de Rosset no cuenta nada nuevo que no se sepa de Luis Mariano, pues él mismo se encargó de contarlo en *La canción de mi vida*, la autobiografía que se convirtió en un libro de éxito. Edward Rosset, que es autor de un conjunto de novelas históricas y de aventuras de excelencia y rigor, tanto narrativo como ambiental e histórico, pone a disposición de esta novela de recreo la mejor técnica del diálogo para sostener, por ahora, el mito de Luis Mariano, cuya voz se recita y suena a la vez con tonos de tiempo ido y actualidad.

Félix Maraña